



Queridos paisanos. Buenos días.

Aunque sea reiterativo, quiero agradecer a la Agrupación de Cofradías, las atenciones que ha tenido con nuestra Corporación de las Autoridades Judaicas en su primer Centenario, concediéndonos el motivo del cartel de nuestra Semana Santa y ser sus pregoneros. Queremos también agradecer a nuestras autoridades locales la desinteresada cesión, para este acto, de nuestro magnífico Teatro Circo recién restaurado.

Aprovechando este foro, quiero manifestar mi satisfacción por la solidaridad del mundo mananero pontanés, que a título corporativo y personal se ha ofrecido a la Judea para lo que precisemos, dándonos afectuosas muestras de aliento y animándonos a que sigamos con nuestra trayectoria y altitud de miras.

En los actos culturales, programados con motivo de nuestro centenario, hemos tenido enormes satisfacciones y una entrega entusiasta de los artistas que con nosotros han colaborado, no sólo de forma altruista, sino obsequiándonos con partituras, poemas y presentes que tendremos que exponer en vitrinas en nuestro cuartel como piezas de museo.

Todos los que tuvimos la suerte de peregrinar a Roma y Tierra Santa tendremos un recuerdo imborrable de por vida y contaremos a nuestros descendientes la emoción que todos sentimos cuando el Santo Padre citó a La Corporación Bíblica de las Autoridades Judaicas de Puente Genil; cuando celebramos la Junta del Sábado de Tentaciones en Tiberiades, cuando en Jerusalén hicimos el Vía Crucis en la Vía Dolorosa, cuando estuvimos en El Calvario y cuando el Padre Ovidio nos regaló un plantón de olivo del Huerto de Getsemaní, que tenemos plantado en nuestro cuartel y que pretendemos poder sacar descendencia para regalar a corporaciones de nuestro pueblo.

En cuanto a mi presentador, expregonero de gran éxito, debo manifestar que son inmerecidos sus elogios, y que ya quisiera yo poder llegar a la décima parte de su “clase”, gracejo y musa.

El es la verdadera antorcha de los Álvarez y el receptor de las virtudes de nuestro abuelo, fundador, junto con el padre de Wenceslao, de las Autoridades Judaicas, cuyo Centenario conmemoramos.

Perdonad mi osadía por erigirme portavoz de la Judea en el presente pregón, pero como somos todos amigos, cuento con vuestra benevolencia y comprensión.

INTRODUCCION

Es nuestro propósito, pregonar la Semana Santa de Puente Genil, incluyéndola con sus cofradías, corporaciones y saetas en los comentarios evangélicos que diremos, sobre la semana de la inmolación de Jesús. Narraremos los enfrentamientos de Jesús con el poder instituido que fueron causa de su muerte y de nuestra redención. Y basándonos en los evangelios, detallaremos especialmente el juicio de Jesús ante las autoridades judaicas.

No pretendemos hacer una relación detallada de todas nuestras imágenes y de todos los personajes bíblicos que aquí representamos, pues se haría demasiado largo el pregón, tampoco podemos entrar en analizar sus numerosas facetas culturales, actos cuaresmales, música, canciones sacras, imagineros, etc.

Queremos dejar claro, que tanto las cofradías que sólo se toquen tangencialmente, o los personajes no citados en el presente pregón, pueden tener más mérito, valor o antigüedad que otros mencionados y desde luego, contribuyen al esplendor de nuestros destiles procesionales, aunque no entren en el enfoque del presente pregón.

ISRAEL EN ÉPOCA DE CRISTO.

Como preámbulo, esbozaremos brevemente, como estaba gobernado Israel, en época de Cristo.

Cuando nació Jesús, Israel estaba dominada por los romanos y Augusto era el emperador que había confiado el gobierno del país a Herodes “El Grande”, bajo la supervisión del gobernador romano de la provincia imperial Siria.

Al morir Herodes el Grande, divide su reino entre sus hijos:

Arquéalo... Tetrarca de Judea, Samaria e Idumea.

Herodes Antipas... Tetrarca de Galilea y Perea.

Filippo... Tetrarca de las regiones septentrionales.

Poco duró Arquelao, pues el año 6 d.C. fue destituido por Augusto, denunciado de tiranía por judíos y samaritanos, siendo sustituido por un procurador romano.

Los procuradores de Judea, siguiendo la política propuesta por Augusto, crearon un verdadero gobierno autónomo teocrático, donde el Sanedrín y el Sumo Sacerdote alcanzaron su antiguo poder, aunque el cargo del presidente del sanedrín, dependía del prefecto romano.

Tras la muerte de Augusto, fue Tiberio el emperador romano que nombró como procurador de Judea, a Valerio Grato, predecesor de Pilatos.

Las vicisitudes del pueblo hebreo son representadas en Puente Genil por diversas corporaciones bíblicas como:

- Los Libertadores y Patriarcas de Israel
- El Arca de Noé y de la Alianza
- Los Fundadores de Israel y sus Reyes
- Juicio de Salomón
- Pecados de David
- Destrucción de Sodoma
- Babilonios y Macabeos
- Los Reinados de Esther y de Joás, etc.

Hemos de resaltar el importante papel que desempeñan las corporaciones en nuestra Semana Santa. Son una verdadera escuela manantera, donde los «hermanos» aprenden a convivir, a relacionarse entre generaciones diferentes, tomando la tradición de los mayores y por supuesto el amor y entrega a sus santos patronos.

En los cuarteles se cultiva el espíritu, el altruismo, la amistad, se fomenta la convivencia, la asociación entre personas y entrega a los demás, desarrollando cada uno sus habilidades para hacerle grata «la junta» a los demás. En las conversaciones se buscan objetivos comunes, ayudar a un hermano necesitado, mejorar el cuartel o los ropajes, echarle mano a la hermandad que lo necesite o donar su sangre al enfermo que lo precise.

Tanto nuestras parroquias, el ayuntamiento o instituciones, con cualquier iniciativa de noble objetivo, saben que para sacar su proyecto adelante, hay que contar con las corporaciones.

Una corporación pontana, es una célula unida a las hermandades o cofradías de sus santos titulares, pero a su vez, muy comunicada con otras células similares, siendo frecuentes las reuniones de hermandad o visitas entre cuarteles, intercambiando presentes, piropos y espíritu. En ellas, se desafían en saetas y estilos, se cantan canciones y saetas coreadas, se destapa la elocuencia y se exalta la fe; libando con frecuencia, nuestro rico néctar de Moriles. Qué razón tenía nuestro añorado Nené, con su histórica frase que decía: <Sin vino no hay fe y sin fe no hay mananta>.

DOMINGO DE RAMOS.

Sabemos por los evangelios, que el domingo por la mañana, Jesús se dirige con sus discípulos a Jerusalén, desde Betania, entre una riada humana, que va al mismo lugar en peregrinación, para celebrar la Pascua.

Era Jerusalén de las ciudades más bellas del mundo, y el Templo su joya principal, dónde se guardaba el Arca de la Alianza y los tesoros judíos, convirtiéndose por ello, en la ciudad santa y lugar de peregrinación de todos los hebreos, que ya en aquella época estaban esparcidos por el mundo en su diáspora. En aquél tiempo, había de siete a ocho millones de judíos repatriados por el mundo grecolatino, dispersados por las persecuciones o los negocios. Todos, al menos una vez, en su vida iban a Jerusalén. Llegaban con sus variados vestidos, con sus diversas lenguas y las costumbres adquiridas en sus países de adopción.

Muchos habían oído hablar del «Profeta de Galilea» y de sus milagros, causándoles la consiguiente expectación. Al encontrarse con Jesús, se unían a sus seguidores, para ver y oír lo que hacía y decía.

Al llegar a una pequeña aldea llamada Betfagé. Jesús, a dos discípulos les dijo: «Id a la aldea de enfrente y enseguida encontraréis una burra atada y un pollino con ella» (Mt. 21,1-2) «sobre el cual nadie ha montado todavía, desatadle y traédmelo» (Mc. 11,2) y «si alguno os dijere algo, decid que el Señor lo necesita y lo va a devolver pronto» (Mt. 21,3). «Se lo llevaron, echaron los mantos sobre el pollino y montaron a Jesús» (Lc.19,35).

«Muchos extendían sus mantos sobre el camino, otros cortaban ramas de los árboles y tanto los que iban delante, como los que le seguían detrás, todos gritaban: ¡Hosanna!, ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!, ¡Bendito el reino que viene de nuestro padre David!, ¡Hosanna! en las alturas» (Mc. 11, 8-10).

Jesús entró en la Ciudad Santa por la puerta dorada, en loor de multitudes, montado sobre una asna y las personas que veían el cortejo, preguntaban:» ¿Quién es éste?, las turbas contestaban. Este es el profeta Jesús de Nazaret de Galilea» (Mt .21,10-11).

En Puente Genil, también pasea triunfal «Jesús en la Borriquita», desfilando por nuestras calles acompañado de los niños de las escuelas, portando ramas de olivos y palmas, vestidos con túnicas blancas y capirucho grana, acordes con la túnica y manto de Jesús.

Fueron los Hermanos de la Doctrina Cristiana quienes iniciaron esta procesión en nuestro pueblo, al principio de los años 60. En esa época, el «paso», sólo llevaba la imagen del Señor montado en un burrillo de baja alzada. Hoy Jesús, va acompañado por una mujer con su hijo y dos jóvenes, recordando a las personas que en Jerusalén recibieron al Señor.

Poco relatan los evangelistas de las andanzas de la Virgen, aunque es creencia general que desde su viudez era inseparable de su Hijo, con quién estuvo aquellos días en Betania y Jerusalén presenciando las alabanzas a Jesús.

En Puente Genil, la vemos, desde la víspera del Domingo de Ramos como adelantada de nuestra Semana Santa; primero, como la flor más temprana, es la Virgen de la Guía, estrenando nuestras procesiones y nuestras marchas, rodeada de sus «ataos» y atándonos a todos los mananeros a seguir su baile y su alegre paso por la Cuesta Baena al ritmo de la marcha, Barrabás.

Durante la madrugada del sábado al Domingo de Ramos, con la advocación de la Virgen de los Ángeles, recorre numerosas calles recoletas del Barrio Bajo, acompañada de San Juan Evangelista, el discípulo amado, a quién Jesús confió su Madre unos instantes antes de su expiración.

Ambas imágenes son obra de arte del magnífico tallista Francisco Berlanga de Ávila.

El Domingo de Ramos, tras Jesús en la Pollinica, vemos a la Virgen de la Estrella, patrocinada también por los Hermanos de la Doctrina Cristiana y que fue la consagración de nuestro paisano Francisco Palos Chaparro en 1983, como imaginero de postín.

Tras su entrada en Jerusalén, Jesús se dirige al templo, «se le acercaron a El ciegos y cojos y los curó. Viendo los príncipes de los sacerdotes y los escribas las maravillas que hacía y a los niños que gritaban en el templo y decían; ¡Hosanna al Hijo de David! se indignaron y dijeron: ¿Oyes lo que dicen estos? Jesús les respondió: Sí. ¡No habéis oído jamás: De la boca de los niños y de los que maman has hecho brotar la alabanza!» (Mt.21, 14-16).

Para los fariseos, Jesús era galileo y en su predicación encontraban planteamientos revolucionarios, considerándole por tanto, un cabecilla de los muy numerosos que por aquella época se levantaban contra el invasor romano.

¿Qué podían pensar las autoridades judaicas tras la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén?, al gritar la muchedumbre: ¡Hosanna al Hijo de David!. ¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor!.

Ante Jesús, el espectáculo que ofrecía el Templo aquella mañana, tenía que ser repugnante. Nada hacía pensar que se trataba de un lugar sagrado para la oración y el sacrificio.

Se apiñaban los tenderetes de los mercaderes y banqueros. Las monedas pasaban con frenesí de una a otra mano, las voces de los comerciantes invitaban a comprar, vender o permutar.

Anás, Caiás y los príncipes de los sacerdotes lo toleraban sin rechistar, especialmente los primeros, que sacaban tajada de todas las transacciones que se realizaban, siendo además de los hijos de Anás los bazares más importantes. El Nazareno, estalló en cólera y S. Mateo nos cuenta la expulsión de los mercaderes, de la forma siguiente:

«Entró Jesús en el templo de Dios y arrojó de allí a cuantos vendían y compraban en él y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas, diciéndoles: Escrito está: « Mi casa será llamada casa de oración» pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones» (Mt. 21,12-13).

Con las actuaciones de Jesús en el primer Domingo de Ramos firmó su pena de muerte, pues las autoridades judaicas, no podían tolerar tanta osadía, rompiendo con el estatus establecido.

Hechos ocurridos en Jerusalén del Lunes al Miércoles Santo.

Después del domingo 9 del mes de Nissan, las autoridades de la ciudad, se propusieron quitar de en medio al estorbo de Jesús antes de la fiesta de Pascua, pues no querían tener mítines mesiánicos revolucionarios.

Pilatos supo que los hombres del Sanedrín habían discutido sobre Jesús, horrorizados de que hubiera osado presentarse en la ciudad como un rey, y en el templo había confraternizado con gentiles impuros. Sabía además, que los príncipes de los sacerdotes se habían propuesto matar a Jesús y a Lázaro, que con su resurrección había contribuido a aumentar su prestigio y fama. (Juan 12,10).

El gobernador sentía por Jesús sentimientos contrapuestos, por un lado, estaba preocupado tras la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén y sus éxitos en el Templo. Aquél hombre, podía convertirse en iniciador de desórdenes y altercados mesiánicos, que podían llegar al oído de Roma o Siria, y más, estando Herodes Antipas, durante las fiestas de Pascua, dada su función de confidente y espía de Roma.

En el otro lado de la balanza, había oído hablar bien de Jesús y los milagros que hacía, incluso su mujer, Claudia Prócula, sentía simpatía por El. Sus choques con los fariseos y príncipes de los sacerdotes le regocijaban, pues no comprendía su fanatismo religioso y desprecio por los extranjeros.

El lunes y martes tras pasar la noche en Betania, posiblemente en casa de su amigo Lázaro o en algún cobertizo o local prestado, Jesús se dirigía por las mañanas a Jerusalén en compañía de los apóstoles y discípulos que le seguían.

Estos días los dedicó Jesús a enseñar en el Templo a sus seguidores y a los peregrinos que querían conocerlo. Había discusiones entre sus partidarios y detractores. Sus enemigos eran los fariseos, saduceos, escribas y otros sacerdotes del Templo.

Los fariseos y saduceos, le increpaban en sus charlas, queriéndole pillar en un renuncio que lo desprestigiase entre la multitud. Para ello le hacían preguntas trampas, como:

-« ¿Con qué autoridad haces las cosas que haces?; ¿Quién te ha dado ese poder?» (Mt. 21,23).

- ¿Es lícito pagar tributo al Cesar o no?

- Con relación a una viuda que llegó a casarse con siete hermanos la pregunta era: ¿De cual de los siete hermanos es la mujer en la resurrección?.

Cuando Jesús notó la admiración de los espectadores por sus airoas salidas, decidió lanzarse al ataque y desenmascararles. Les dijo de todo:

a) Que imponían leyes y cargas a los demás, que ellos no cumplían

b) Que devoraban las casas de las viudas.

c) Que ponían unas leyes tan estrictas, que cierran a los hombres el cielo, «¡Ni entráis vosotros, ni permitís que entren los que querían hacerlo!». (Mt. 23,13).

d) Que cuando encontraban un prosélito, lo hacían 2 veces más hijo del infierno que ellos.

e) Que se ocupaban de menudencias y olvidaban la justicia, misericordia y lealtad.

f) Que eran sepulcros blanqueados, que limpiaban la fachada pero por dentro estaban podridos.

g) Que asesinaban y torturaban a sus profetas, etc.

Por su cobardía, no se atrevieron a atacarle en aquel momento, pues estaba rodeado de sus discípulos y optaron por escapar de la reunión, lo más sigilosamente posible, para evitar los insultos y reacción de las masas.

Todos sus seguidores, se darían cuenta, que Jesús con sus ataques sólo tenía dos desenlaces o ser vencedor o víctima. Hasta aquél momento había saboreado el triunfo dialéctico, pero también sabían que el poder y la fuerza de las armas, estaban en las manos enemigas.

Judas decidió que al día siguiente por la mañana, abandonaría Betania e iría al templo a ofrecerse a los sacerdotes.

En nuestro Jerusalén, también tenemos a aquellos personajes:

- Escribas, Saduceos y Fariseos

- Doctores de la Ley, Levitas y Publicanos

- Galileos, Samaritanos y Romanos

Representamos la «Ley o Thora» judía recogida en «El Pentateuco», las profecías de «Los profetas», las enseñanzas, doctrinas y algunos milagros de Jesús como:

- Las Parábolas,

- Los Dones del Espíritu Santo

- Las Virtudes Teologales, Morales y Cardinales

- Las Potencias del Alma y Postrimerías

- La Transfiguración de Jesús

- La Resurrección de Lázaro, Salvación de Jonás y otros Milagros de Jesús.

También vemos en nuestras procesiones a los que nos transmitieron el testimonio de la vida de Jesús, su doctrina, milagros, pasión y muerte, es decir: «Los evangelistas».

Todos sabéis lo agradable que es estar en una ciudad cosmopolita o turística, viendo pasar a personas de diversas etnias, con sus vestimentas de diversos coloridos y hechuras, sus peinados, sus ornamentas y calzados.

En Puente Genil, el deambular de nuestras figuras por las calles, o la impresión de verlas en las esquinas con las cabezas sobre sus manos, es indescriptible. No existe ningún desfile de alta costura que sea comparable con los coloridos, modelos y clase de tejidos que en nuestro

pueblo tenemos; sacamos desde pastores a reyes, cada uno con su tocado apropiado, no habiendo sombrerería que pueda pensar en tan diversos modelos, desde simples solideos, hasta llamativos cascos. ¿Qué podríamos hablar de los rostrillos, pelucas, martirios, escudos, sandalias y de sus artesanos?.

Lo mejor que podemos decir sobre nuestras figuras, ya lo dijo nuestro admirado Manuel Pérez Carrascosa.

*«Pa» ver prucesiones
buenas y con gracia
vente «chache» conmigo a la Puente
«pa» Semana Santa*

Cuando Jesús manifestó el Miércoles, su propósito de pasar el día en Betania; Judas, con la disculpa de ocuparse de la intendencia del grupo, encontró la excusa de acercarse a Jerusalén para consumir su infamia.

Cuando llegó a la casa del Sumo Sacerdote, le comunicó al guardia de puerta su deseo de hablar personalmente con Caifás por un asunto relacionado con Jesús el Nazareno.

Caifás, que sabía lo que quería Judas, le preguntó: ¿Por cuanto estás dispuesto a colaborar?. Respondiéndole Judas «¿Cuanto me daréis si os lo entrego?» (Mt. 26,15). Pronto llegaron a un acuerdo en forma de prenderlo y en la cantidad de dinero. La cantidad acordada de treinta monedas de plata (siclos), era lo que el libro santo marcaba, como compensación por un esclavo muerto (Ex. 21,32) y era lo que un agricultor cobraba por trabajar en el campo, ciento veinte días.

Caifás, le dijo que tenía que ser de noche, lo más pronto posible, y que sería conveniente que fuera en un momento en que Jesús se encontrara en un descampado, solo y desarmado, para evitar problemas de sublevación, de algunos discípulos.

Al atardecer, Jesús cenó con sus discípulos y amigos, en casa de «Simón el leproso», como despedida de muchos de ellos. En la conversación mantenida se trasluciría la tragedia que se avecinaba y María, la de Lázaro, levantándose, fue por un perfume de nardos carísimo, ungió a Jesús en la cabeza y pies, ante la protesta de Judas por el despilfarro. Jesús, salió en defensa de María, diciendo: «Dejadla en paz ..., se ha adelantado a perfumar mi cuerpo para la sepultura» (Mc. 14,8).

JUEVES SANTO.

Era el día 13 del mes de Nissan para los judíos. Todos los, evangelistas coinciden en que Jesús celebró su Última Cena el jueves, pero discrepan si era la víspera de la pascua y por tanto, el día de la Cena Pascual. La causa era porque siendo tantos los peregrinos que ese día llenaban la ciudad, las autoridades, recomendaban escalonar la Cena Pascual, pues era imposible encontrar sitio para celebrar la cena, ni habría corderos sacrificados, si todos lo celebrasen el mismo día.

Según escritos, los esenios celebraban la comida pascual el martes, y los galileos el jueves, dejando el viernes para los judeos.

Para prepararla, el jueves por la mañana, Pedro se acercó a Jesús, y le dijo: «¿Dónde queréis que vayamos para que preparemos la Pascua y la comas?» (Mc. 14,12). «Jesús envió a dos de sus discípulos y les dijo: «Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre con un cántaro de agua: seguidle y donde el entrare decid al dueño: El Maestro dice: ¿Dónde está mi sala para comer la pascua con mis discípulos?. El os mostrará una sala alta, grande, alfombrada y preparada. Hacednos allí los preparativos» (Mc. 14,13-15).

Observamos, que Jesús, no le encarga la preparación de la cena al ecónomo Judas, sino a Pedro y otro apóstol, posiblemente Juan, y además, no dice el nombre del lugar, ni del dueño de la casa dónde van a comer, para que no se entere el Iscariote y les amargue la cena.

Cuando llegaron el Cenáculo y tras las abluciones de rigor, Jesús, rompió el ambiente tenso que había por los presagios anunciados en los días anteriores y dijo: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer Porque en verdad os digo, que no volveré a comerla hasta que se realice en el reino de Dios» (Lc. 22, 15-16).

Sobre la mesa estaba un cordero asado con su piel dorada, brillante, curruscante y crujiente, entorno al cual había varios platos de ensalada, con hierbas aliñadas de aceite y vinagre y otros platos de frutas.

Para iniciar la comida Jesús llenó el cáliz, dio gracias a Dios y dijo: «Tomadlo distribuidlo entre vosotros: porque os digo que desde ahora no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios» (Lc. 22, 17-18).

Tras la primera «uvita», se inició la comida, tomando Jesús y los apóstoles la ensalada, con las manos.

Durante la charla de los apóstoles, entre bromas y veras, uno dijo a Juan que siendo el más joven se había sentado en el lugar preferente, al lado del Nazareno. La conversación derivó hacia cuestiones jerárquicas, interviniendo Jesús en el debate con las siguientes palabras: «Habéis visto como los reyes de las naciones imperan sobre sus súbditos; ¡Que no sea así entre vosotros, sino que el mayor sea como el menor y el que manda como el que sirve!, porque, ¿Quién es mayor el que esta sentado a la mesa, o el que sirve? ¿No es acaso el que está sentado? Pues bien, yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Lc. 22, 25-27).

Para ratificar su mensaje de igualdad entre todos; ricos y pobres, gobernantes y súbditos, nobles y vasallos, Jesús, aprovechándose que los sirvientes, acabada la ensalada, pasaban con un jarro de agua templada, jofaina y toalla, para lavarse las manos, poniéndose en pie, tomaba la jofaina con el agua y la toalla, ciñendo esta a su cintura, disponiéndose a lavarles y secarles los pies a los Apóstoles. Estos quedaron atónitos. ¿Se habrá vuelto loco Jesús?. Antes de salir de su asombro, Jesús estaba lavando los pies al primer apóstol de la derecha, que se dejó, no sin antes forcejear con Jesús.

Después siguió con el siguiente del ala derecha y así uno a uno. Al llegar a Judas, se arrodilló ante él, desató sus sandalias y miró el traidor, sintiendo como temblaba. Este, le miró a su vez con mirada asustada y suplicante para que no le delatara, en medio de aquel silencio expectante. Jesús, haciendo de tripas corazón, le lavó y secó cuidadosamente sus pies.

Cuando Jesús llegó a Pedro, este retiró sus pies con gesto escandalizado diciendo: «¿Tu lavarme a mí los pies? ... ¡Jamás me lavarás tú los pies! »

- Contestándole Jesús “Si no te tos lavare, no tendrás parte conmigo”
- Simón Pedro le dijo “Señor, entonces no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza” (Jn. 13, 6-9).

Cuando acabó el lavatorio, se puso de nuevo sus vestidos y ocupó su lugar en la mesa diciéndoles. «Yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho. En verdad os digo: No es el siervo mayor que su señor ni el enviado mayor que quien lo envía» (Jn. 13, 15-16).

Los Apóstoles estaban sorprendidos y tardarían en digerir aquella enseñanza de Jesús. Ya no servían las jerarquías y castas que tenían los hebreos. Para un cristiano, todas las personas tienen el mismo valor.

Jesús no podía soportar más la hipocresía de Judas, pero tampoco quiso denunciarle públicamente ante los demás apóstoles, para evitar su linchamiento. Aprovechando un silencio tras la comida del cordero, alzando la voz, dijo: «En verdad os digo, que uno de vosotros me entregará; uno que come conmigo» (Mc. 14-17).

Todos miraban a Jesús temblando y algunos se atrevieron a manifestar su fidelidad. Judas que estaba cerca de Jesús, se inclinó hacia El y le dijo: «Soy acaso yo, Rabbi? y El respondió: Tu lo has dicho» (Mt. 26,25).

Entre el rumor de los comensales y el susurro de la respuesta de Jesús nadie se enteró de lo ocurrido. Pedro, que estaba como un manojo de nervios, se inclinó hacia Juan, que se encontraba junto a Jesús, y le pidió que preguntara al Maestro que a quién se refería. «Juan,

reclinándose contra el pecho de Jesús, le dijo: Señor ¿Quién es?. Jesús le contestó: Aquel a quien yo daré un pedazo de pan mojado. Y mojado un bocado, lo tomó y se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. Después del bocado, en el mismo instante, entró en él Satanás. Jesús le dijo: Lo que has de hacer, hazlo pronto» (Jn. 13, 24-27).

El contenido de la última cena, fue fundamental para el futuro del cristianismo. Tras la salida de Judas, Jesús instituye:

- La Eucaristía. «El Señor tomó el pan, lo bendijo, lo partió » (Mt. 26, 26-28).
- La Santa Misa. «Cuántas veces comáis este pan y bebáis este cáliz anunciáis y publicáis la muerte del Señor hasta que el venga» (S. Pablo, I Corintios 11,26).
- La Ordenación Sacerdotal. «Haced esto en memoria mía» (Lc. 22,19).

Después de esta Primera Eucaristía, tras vaticinar Jesús los acontecimientos que se avecinaban, los Apóstoles hacen manifestaciones de lealtad y al decir Pedro: «Yo daré por tí mi vida. Respondió Jesús: ¿Qué darás por mí tu vida?. En verdad, en verdad te digo, que antes de que el gallo cante, tu me habrás negado tres veces» (Jn. 13, 37- 38).

Los acontecimientos acaecidos aquel Jueves en Jerusalén, los representamos en nuestro pueblo procesionalmente el Lunes Santo, con el impresionante y colosal paso de la Santa Cena, procedente de la Cofradía de la Sagrada Cena de Sevilla, en sustitución de la antigua Cena destruida durante la Guerra Civil, cuyas magníficas tallas son: ocho apóstoles de Bidón Villar, y el resto de diversos imagineros.

El mensaje de amor que, Jesús nos transmite como herencia en su Última Cena, lo simbolizamos en Puente Genil con su Santísima Madre, la Virgen del Amor, otra bellísima imagen del sevillano Antonio Dubé, realizada con inmejorable manto y palio.

Esta Cofradía, ha sido la introductora de los costaleros en Puente Genil, cuyo esfuerzo y entrega ha sido tan bien plasmado por el pregonero del pasado año y mayordomo D. Juan Ortega Chacón, con una poesía que se hará clásica y todo Puente Genil recitará.

*Madre, cuando sea mayor
Yo quiero ser costalero
de la Virgen del Amor...*

De las actuaciones de Jesús en su Última Cena, también representamos, al modestísimo Señor del Lavatorio, lavando los pies al rebelde Pedro, mientras Felipe espera su turno. Los comensales de la Cena, que compartían mesa con Jesús, constituyen la corporación más antigua de nuestro pueblo, cuyos orígenes se remontan a 1660.

Tienen «Los Apóstoles», en su haber, el ser probablemente los creadores de nuestras saetas cuarteras, dando algunos de ellos su personalidad a la interpretación, creando diversos estilos.

Los Apóstoles son fuente de tradiciones, modelo de sobriedad en sus ágapes y estoicismo en sus desfiles, aguantando impertérritos las inclemencias climáticas.

*Doce pobres y humildes fueron
por Jesucristo elegidos,
para que apóstoles fueran
y de su gloria testigos.*

NOCHE DEL JUEVES SANTO

El Huerto de Getsemaní

«Terminada la cena Jesús salió con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto en el cual entraron El y sus discípulos» (Jn. 18,1).

Tras una media hora de camino, llegaron a la finca (almazara) donde se dirigían, a «la granja llamada Getsemaní» (Mt. 26,36), (Mc. 14,32) «que Judas conocía perfectamente». (Jn. 18,12).

«Llegados al lugar Jesús les dijo: «orad para no entrar en tentación» (Lc. 22,40) y «quedaos aquí, mientras Yo voy a orar allí» (Mt. 26,36).

«Toma consigo a Pedro, a Santiago y a Juan y empezó a sentir pavor y angustia. Diciéndoles:

«¡Mi alma siente una tristeza mortal! Quedaos aquí y velad». (Mc. 14, 33-34).

Pedro, Juan y Santiago, debieron de seguir con la mirada los pasos de Jesús a través de los olivos y matorrales, y verían la silueta de Jesús a la luz de la luna llena.

«El se alejó de ellos a distancia de un tiro de piedra, se puso de rodillas y oraba» (Lc. 22,41).

En voz alta decía: «¡Padre!, si quieres, aparta de mi este cáliz: pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc. 22,42).

Parece ser, que en aquellos momentos su naturaleza divina le abandonó, lo mismo que sus discípulos, encontrándose en una soledad inmensa e invadiéndole el miedo por lo que le esperaba, un sudor frío le va dejando helado y empieza a flaquear, teniendo que ir dos veces en busca de sus dormidos discípulos, a que le animen y den calor humano, hasta necesita la ayuda de un ángel para sobreponerse, cuando sudaba sangre. Tener que aceptar voluntariamente lo que le producía aquel pánico que su naturaleza humana rechazaba, era demasiado fuerte y más, sintiendo la tentación de Satanás para que abandonara su misión, su sacrificio por un pueblo que no lo merecía, un pueblo en el que no podía confiar, un pueblo en el que ni sus tres mejores amigos, eran capaces de sacrificarse por El y velar mientras sufría.

Satanás, le haría ver que sus seguidores se dividirían en diversas sectas, tendrían luchas fratricidas e incluso utilizarían su nombre para fines mezquinos y violentos. En resumen, Satanás le mostraría la indignidad humana, la escoria por la que El iba a inmolarse.

Puente Genil, representa este suceso el Miércoles Santo, sacando en procesión a un Jesús orante, con la mirada dirigida al cielo, arrodillado y siendo confortado por un ángel, cuando El sudaba sangre.

Permitidme que me sumerja en el túnel del tiempo, para recordar a nuestro dinámico Lorenzo Reina, batallando por la reorganización de esta Hermandad, que atravesaba una fuerte crisis, consiguiendo con su vitalismo, que los empleados de banco y del comercio, se hicieran cargo de ella.

Hoy es tanto el empuje de esta cofradía que amén de numerosas reformas han logrado sacar a la eterna y discreta acompañante de Jesús, la Virgen de la Victoria, transportada por costaleros penitentes y protegida con palio, bambalinas y manto, amorosamente bordados por sus camareras, demostrando que la calidad artística de la mujer pontana, no tiene que envidiar a los más afamados talleres.

El Prendimiento de Jesús.

Jesús, a pesar de conocer nuestra indignidad, armándose de voluntad, aceptó su martirio por nuestra redención y levantándose de dónde oraba fue al encuentro de los que iban a apresarle.

El grupo que fue a apresar a Jesús estaba a las ordenes de Anás, que con su yerno, dispuso de un pelotón con guardias del templo, siervos de los Sumos Sacerdotes, algunos saduceos y fariseos de su camarilla y algunos soldados romanos, que Pilatos tenía cedidos durante las fiestas, para reforzar su dotación y mantener el orden.

Anás, les dijo que siguieran a Judas y apresasen a la persona que les dijera. Veamos como San Juan nos relata el prendimiento: “Judas, el traidor, conocía el sitio, porque muchas veces se reunió allí Jesús con sus discípulos. Tomando, pues, la cohorte y guardias de los pontífices y de los fariseos, fue allí Judas con linternas, antorchas y armas” (Jn. 18, 2-3).

Mateo, complementa así el apresamiento: «Llegó Judas, uno de los doce, y con el una turba numerosa con espadas y palos, parte de los sumos sacerdotes y de los ancianos del pueblo. El traidor les había dado una señal diciendo «Aquel a quién yo bese, ese es, prendedle». (Mt. 26, 47- 48). Jesús que sabía todo lo que iba a sobrevenirle, salió a su encuentro y...

Dice Cristo; ¿A quién buscáis?

A Jesús el Nazareno

Y al decir Cristo. Yo soy

Todos a tierra cayeron.

Pedro fue la única nota discordante que quiso oponer resistencia a la detención de Jesús. Al ver como los soldados le prendían, se abalanzó con su espada sobre el más próximo. El casco le protegió del golpe, y la espada al resbalar sobre él, le seccionó una oreja al árabe Malco, siervo del Sumo Sacerdote.

La turba ató a Jesús, mientras se reflejaba en los rostros de los fariseos y saduceos que acompañaban a los soldados, la satisfacción por haber logrado sus deseos.

Jesús, contempló como sus Apóstoles se escurrían del lugar, escondiéndose al principio y después en vergonzosa carrera de huida, dejándole solo.

En Puente Genil, el Prendimiento del Cristo del Aceite, se realiza en la ermita de la Veracruz, diciéndole así, no porque el apresamiento se hiciera en los aledaños del molino de aceite de Getsemaní, sino porque entre los hermanos que componían la cofradía abundaban los del gremio del aceite de oliva.

La salida majestuosa de Nuestro Padre Jesús Preso, conducido por dos sayones romanos, es admirada por el mundo semanantero pontanés, deseoso de participar en los desfiles procesionales con sus ropajes relucientes, tras una comida de hermandad y de exaltación del amor fraterno, después de un año de ansiada espera. No le da tiempo a dar muchos pasos a Jesús, cuando un devoto le expresa su canto de amor diciéndole:

Una soga lleva en su garganta

y otra lleva en su cintura,

otra en sus manos santas.

Son tan fuertes ligaduras

que hasta las piedras quebrantan

Previamente a su «paso», desfilan por nuestras calles numerosas corporaciones históricas de Israel.

La «chusma», que fue a prender a Jesús, con el traidor Judas, también pasea por nuestras calles, al compás de un curioso redoble de tambor.

Otra corporación bíblica denominada el «El Prendimiento de Jesús», desfila, además del Nazareno, con Judas, Pedro y Malco.

No muy lejos de Jesús Preso, sin quererle perder de vista, procesionamos a la bellísima imagen de la Virgen de la Esperanza, escoltada por los Coraceros de las Potencias y rodeada de numerosas hermanas de la cofradía, ataviadas con lujosos trajes y mantilla, como antaño salían todas las damas, el Jueves Santo.

Delante del trono va, el Decano de la Cofradía, Francisco Lavado, que en cada parada, se acerca a la que todavía tiene esperanza, que a su Hijo no lo maten y sin poderse contener, con su avallejada voz le dice saetas como:

Pilatos te lo condena

como si fuera un ladrón

llora Esperanza la pena

que ya tiene otro eslabón

tu dolorosa cadena

Jesús ante Anás.

Eran las tres de la mañana, cuando la turba que llevaba preso a Jesús, regresó a Jerusalén a la residencia de los sumos sacerdotes, donde actualmente se encuentra la iglesia llamada de Gallicantos.

Las casas de Anás y Caifás estaban separadas por un gran patio central, donde se quedó el pelotón que prendió a Jesús, la servidumbre y ancianos.

Anás y Caifás estaban en vela, esperando la llegada de la comitiva y respiraron satisfechos cuando fueron informados que la misión había sido un éxito, que los apóstoles habían huido en cuanto vieron las espadas y que la ciudad ni se había enterado de lo ocurrido por la nocturnidad y el sigilo con el que habían realizado el apresamiento.

Caifás mandó a llamar a los miembros del Sanedrín afines a su persona y enemigos de Jesús, también fueron a buscar a los testigos que tenían preparados y aleccionados para acusar al Nazareno.

Mientras amanecía, Anás se encargó de recibir a Jesús, el enemigo que con su doctrina hacía peligrar sus negocios.

Anás aunque sabía mucho de Jesús, por referencias de sus espías informadores, desconocía la cuantía de sus seguidores y cuales eran sus intenciones, para poder abortar cualquier revuelta, si hubiera peligro.

La llegada de Jesús y el diálogo entre Éste y Anás nos lo revela así San Juan: «La cohorte, pues y el tribuno y los alguaciles de los judíos se apoderaron de Jesús, lo ataron y lo condujeron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, pontífice aquel año» (Jn. 18,12-13).

Midiendo sus palabras, el Pontífice preguntó a Jesús:

*Cuando Anás le preguntó a Jesús
Que cuál era su doctrina,
que apóstoles había escogido.
Yo he predicado en el templo
pregúntale a los que han ido.*

Habiendo dicho esto Jesús, uno de los alguaciles, que estaba a su lado, le dio una bofetada, diciendo: «¿Así respondes al pontífice? Jesús le contestó. Si hablé mal muéstrame en qué, y si bien ¿porqué me pegas?» (jn. 18, 22-23).

Visiblemente irritado por la respuesta de Jesús «Anás le envió atado a Caifás el Pontífice» (Jn 18,24) que era en definitiva el verdadero responsable del juicio.

El Canto del Gallo

«Seguían a Jesús: Simón Pedro y otro discípulo. Este discípulo era conocido del pontífice y entró al tiempo que Jesús en el atrio del pontífice, mientras que Pedro se quedó fuera, a la puerta. Salió, pues, el otro discípulo conocido del pontífice y habló a la portera e introdujo a Pedro. La portera dijo a Pedro: «¿Eres tu acaso de los discípulos de este hombre?». El dijo: No soy.

Los siervos del pontífice y los alguaciles habían preparado un brasero, porque hacía frío, y se calentaban y Pedro estaba también con ellos calentándose. (Jn. 18, 15-18), y le dijeron: «¿No eres tú también de sus discípulos?». Negó él y dijo: «No soy ». Díjole uno de los siervos del pontífice, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja: «¿No te he visto yo en el Huerto con El? ». Pedro negó de nuevo y al instante cantó el gallo. (Jn. 18, 25-27). «El Señor se volvió, miró a Pedro y Pedro se acordó de la palabra del Señor cuando le había dicho: «Antes de que el gallo cante hoy, me negarás tres veces». Y saliendo fuera lloró amargamente (Lc. 22, 61-62).

*Que dolor cuando a las cuatro
lo niega el cobarde Pedro*

*y tu Jesús lo miraste.
Y el reconoció su yerro.*

También, la Corporación de los Ataos, desfila por nuestras calles con un popular San Pedro, portando en su dedo un gallo blanco, vivo, que con su «Kikiriki» hace las delicias de la gente menuda.

VIERNES SANTO

Jesús en casa de Caifás.

Caifás había convocado al sanedrín en su casa, con la excusa de la nocturnidad del requerimiento. Posiblemente no convocó al sanedrín entero, sino a sus adictos, escribas y fariseos, con ganas de vengarse de Jesús, por las humillaciones, a las que el Nazareno les había sometido unos días antes, en el templo. En los evangelios, no hay referencia de que algún sanedrita, defienda en el juicio a Jesús, habiendo amigos o discípulos como Nicodemo y José de Arimatea.

*Caifás soberbio propuso
Convocar el sanedrín
Sin la presencia de intrusos
para a muerte condenar
a aquel Divino recluso*

El juicio se inauguró pasando lista a los sanedritas para ver si había el quórum suficiente de veintitrés que legitimara la sesión. Tras lo cual, el secretario, comenzó a sacar los cargos presentados contra el acusado.

Los pontífices y todo el sanedrín buscaban contra Jesús un testimonio para matarlo y no lo encontraban. Porque muchos atestiguaban falsamente contra El, pero no coincidían sus testimonios. Algunos de los que se levantaron a testificar decían: Nosotros le hemos oído decir «Yo destruiré este templo hecho por la mano del hombre y en tres días edificaré otro sin la mano del hombre». Y ni en esto concordaban sus testimonios. (Mc. 14, 55-59).

Indiscutiblemente, con las premuras con que se había celebrado el juicio, no estuvieron muy acertados en los testigos que eligieron, posiblemente, hombres incultos, asustados por la solemnidad del acto, tartamudeando y con su nerviosismo, entraban en frecuentes contradicciones, que ni siquiera aquel tribunal, podía dar por válidos aquellos testimonios. El acusado, ni se había movido. Jesús escuchaba en pie, sin proferir ni una sola palabra, escuchando aquella sarta de acusaciones, de las que no valía la pena defenderse.

Escenificado

Pregonero: Caifás estaba hecho un manojo de nervios, a quién Jesús, estaba sacando de sus casillas, con su majestática actitud y despreciable silencio. No pudiendo aguantar más, colérico, se puso en pie y agitando sus manos y sus ceremoniosos vestidos, le dijo:

- **Caifás:** «Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el hijo de Dios».
- **Jesús:** «Tú, lo has dicho. Pero os declaro que desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Padre y venir sobre las nubes del cielo». (Mt. 26,63-64).
- **Caifás:** «Luego, ¿eres tú el Hijo de Dios?».
- **Jesús:** «Vosotros lo decís: Yo soy» (Lc. 22,70).
- **Caifás:** «¡Ha blasfemado!. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?. Habéis oído ahora la blasfemia ¿Que os parece?».
- **Sanedrín** «¡Reo es de muerte!» (Mt. 26,65-66).

Los sanedritas no salían de su asombro; aquel pobre hombre, sucio, hundido y maniatado diciendo que es el Hijo de Dios era para ellos una enorme blasfemia. Estallaron en gritos de indignación fingida pues era la respuesta que estaban esperando.

Sólo faltaba que Pilatos confirmara la sentencia del Sanedrín, nunca solía negarla e hicieron esperar a Jesús, entre la soldadesca judía, hasta que Pilatos los recibiese.

Los Testigos Falsos, se pasean por las calles de nuestro pueblo, portando una maqueta del Templo que Jesús podía destruir y construir en tres días y monedas del Cesar.

Acabada la sesión del juicio de Jesús, los sanedritas comenzaron a desalojar la sala. Los guardias judíos se quedaron custodiando a Jesús, hasta que fuera recibido por Pilatos, mofándose de El, reproduciendo la farsa del juicio que habían presenciado, y como no respondía, comenzaron a pegarle.

De pronto, a alguien se le ocurrió una idea aún más divertida: con un trapo rojo vendaron los ojos del prisionero y comenzaron a darle vueltas hasta que perdiera el sentido de la orientación y mientras giraba le golpeaban diciéndole profetizanos, quien te ha pegado.

Jesús callaba y aguantaba estoicamente los salivazos, e injurias de la canalla soldadesca, hasta que esta, recibió la orden de ir a la Torre-fortaleza Antonia dónde se alojaba Pilatos, cuando venía a Jerusalén.

Primer encuentro con Pilatos

Serían, aproximadamente, las siete de la mañana, ú hora prima, cuando la comitiva que llevaba a Jesús llegó hasta la gigantesca puerta oeste de la fortaleza.

En Jerusalén las tareas administrativas empezaban en la madrugada, iniciándose los juicios a partir de las seis de la mañana.

Acompañando a la tropa que llevaba preso a Jesús, iban los Sumos Sacerdotes Anás y Caifás, numerosos sanedritas y escribanos, que se quedaron en el pórtico del Palacio/Fortaleza Antonia, sin entrar en la residencia pretorial. Pasar a la casa de un pagano, era un acto impuro que impedía legalmente todo acto religioso en los dos días siguientes; ellos pensaban celebrar la cena pascual aquella misma tarde, cuando mataran a Jesús y se pusiera el sol.

Este pasaje, descrito por el evangelista Juan (Jn. 18, 28), nos muestra la hipocresía farisaica, que consideraba pecado entrar en casa pagana y toleraba matar a un inocente con la excusa de ser blasfemo.

Los sumos sacerdotes llamaron al centurión de guardia, le explicaron su caso y sus escrúpulos para entrar. El oficial avisaría a Pilatos, pues momentos después le vieron descender la escalinata, cruzare! patio en compañía de algunos asesores y dirigirse hacia donde estaban.

El diálogo que se establece nos lo relata Juan, de la siguiente manera: «Salió pues, Pilatos fuera y dijo: «¿Que acusación tenéis contra este hombre?». Ellos respondieron diciéndole: «Si no fuese malhechor, no te lo traeríamos». Díjoles Pilatos: «Tomadle vosotros y juzgarle según vuestra ley». Le dijeron entonces los judíos: «Es que a nosotros no nos es permitido dar muerte a nadie»» (Jn. 18, 29-31).

Pilatos tenía que saber de Jesús por sus redes de espionaje, que aquel hombre pacífico, arrastraba multitudes, había entrado triunfante en Jerusalén, había echado a mercaderes del templo y había tenido largas discusiones con escribas y fariseos.

Quiso tomar el tema, como un problema religioso interno de los judíos y por tanto, sometido a su jurisprudencia. Anás y Caifás, tuvieron que manifestarle que querían matarle por blasfemo. «Comenzaron a acusarle diciendo: «Nosotros hemos encontrado a este agitando a nuestra nación, impidiendo pagar tributo al Cesar y diciendo que él es el Cristo Rey» (Lc. 23,2).

Con estas acusaciones querían forzar la intervención de Pilatos, por ser responsable de mantener el orden en Judea, impidiendo la actuación de agitadores, y más, proponiendo no pagar el tributo al Cesar. Sabía que Roma media su eficacia por la cantidad recaudada y los conflictos que tuviese.

Escenificado

-Pregonero: Conocía Pilatos la entrada de Jesús en Jerusalén, al grito de «Hosanna bendito el hijo de David». No podía permanecer indiferente a un hombre que se denominaba o hacía pasar por rey, decidiendo interrogarle personalmente en el pretorio. Por eso: «Entró Pilatos de nuevo en el Pretorio y llamando de nuevo a Jesús, le dijo:

- **Pilatos:** «¿Eres tú el rey de los Judíos?»

- **Jesús:** «¿Por tu cuenta dices eso, o te lo han dicho otros de mí?».

- **Pilatos:** «¿Soy yo judío por ventura?». Tu nación y los pontífices te han entregado a mí: ¿Qué has hecho?».

- **Jesús:** «Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino, mis ministros habrían luchado para que no fuese entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí».

- **Pilatos:** «¿Luego tú eres rey?».

- **Jesús:** «Tu dices que soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad, todo el que es de la verdad; oye mi voz.

- **Pilatos:** «¿Qué es la verdad?».

- **Pregonero:** Dicho esto, de nuevo, salió hacia los judíos y les dijo: «Yo no hallo en este ningún motivo de condenación» (Jn. 18, 33-38).

Caifás se quedó sin aliento, incrédulo. ¿Había sido rechazada la petición del sanedrín?. Parecía increíble ¿Por qué Pilatos rebatía su sentencia, cuando siempre era ratificada? Era preciso actuar con diligencia e impedir que la resolución se hiciera firme. ¿Cómo hubiera terminado el prestigio del sanedrín y de la familia de Anás, ante los cientos de miles de fieles que aquellos días llenaban Jerusalén, si Pilatos anulaba su sentencia?

La desesperación indujo a Caifás a gritar:

«Solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí» (Lc. 23,5).

Al decirle que Jesús era galileo, de inmediato pensó en una salida airosa, trasladando el juicio a Herodes Antipas que en aquellas fechas estaba en Jerusalén en compañía de su cuñada-amante Herodías, y que era tetrarca de Galilea.

«El Pretorio Romano» de Puente Genil, tiene su Torre Antonia, «detrás de los Postigos» y en ella reside Poncio Pilatos con su servidumbre o «mozuelas», y parte de la cohorte de soldados, entre los que se encontraban los líctores que flagelaron a Jesús, el «Longino» o lancero que tras la muerte de Jesús, clavó la lanza en su costado y el «Lazarillo» que llevaba al ciego lancero. Estos últimos, hacen las delicias de la chiquillería, al escenificar el ciego que pierde a su lazarillo, buscándolo con exagerada mímica.

Jesús en el palacio de Herodes.

No gustó la decisión de Pilatos a Caifás y su séquito, de enviar a Jesús al juicio de Herodes, pues era reconocer al tetrarca un poder que no le reconocía al sanedrín, Herodes tenía poder jurisdiccional refrendado por Roma, para Galilea y no en Judea, por tanto sólo podía juzgarle de delitos cometidos en Galilea, de los que nadie le estaba acusando.

Pilatos aprovechaba la acusación para congraciarse con el tetrarca con quien mantenía unas relaciones tensas después de una matanza de peregrinos galileos realizada por soldados romanos.

Como no tuvieron otra opción que acatar la orden, la comitiva se puso rápidamente en marcha hacia el palacio de los Asmoneos distante 300 m de la fortaleza Antonia.

El palacio era mucho más hermoso que la fortaleza Antonia. Dicen los historiadores que al verlo los campesinos perdían el habla.

Algún emisario llegó a Herodes anticipándole el “regalo” que Pilatos le enviaba y mandó reunirse a su corte.

El tetrarca sabía que sus doctrinas tenían gran coincidencia con las del Bautista (su pesadilla, era la cabeza sanguinolenta del Bautista sobre una bandeja, tal como representa la Corporación del Degüello en nuestro pueblo) y que había realizado numerosos milagros, que él

consideraba trucos de magia. Esperaba que en el juicio hiciese algunos trucos de prestidigitador ante su corte y divertirse con el espectáculo. Como en sus acusaciones, los judíos habían resaltado que Jesús se autodenominaba rey de los judíos, se puso su corona real y sus mejores galas para resaltar que él era el único rey.

Herodes mostrándose cortes con Jesús, le dijo que sabía sus prodigios y le gustaría que ante su corte hiciese alguna de sus demostraciones maravillosas.

El prisionero ni se inmutó, ni abrió la boca, haciéndole sentirse desairado por lo que empezó a irritarse. A continuación, según el evangelista Lucas. «Le hizo muchas preguntas, pero El nada respondió. Por su parte, los pontífices y escribas que estaban allí lo acusaban con vehemencia» (Lc. 23, 9-10), pero Jesús nada respondió. Herodes empezó a preguntarse: ¿Por qué razón el procurador se lo enviaba y que sentencia esperaba?. ¿Intentaba que asumiera la responsabilidad del veredicto?. ¿Qué le importaba a Pilatos matar a un hebreo a petición del sanedrín, como en otras ocasiones?. ¿Qué misterio había tras todo esto?.

Al no encontrar explicación el tetrarca decidió permanecer al margen del asunto.

Cómo sentía sensación de ridículo, ante la indiferencia de Jesús, decidió desdramatizar el asunto y tomárselo en broma, burlándose del detenido.

Mandó traer el manto real más viejo que encontraran, se acercó a Jesús, examinó su rostro demacrado, sus ojos enrojecidos por los sufrimientos de la noche y por el insomnio, su melena embarrada y ensangrentada, sus sucios pies descalzos y su túnica desgarrada.

Con burlas y risas le puso su manto diciendo: mirar que aspecto tiene el rey, haciendo a su vez reverencias jocosas. Los cortesanos, empezaron a reírle sus gracias al tetrarca y a burlarse de Jesús, con grotescas genuflexiones, hasta que cansados lo devolvieron a Pilatos.

Jesús devuelto a Pilatos.

El prisionero salió a la calle, con su túnica sucia y desgarrada, bajo un manto real, su pelo sangriento y enmarañado, sus pies descalzos etc. La soldadesca de escolta, tras las risas de Herodes, seguían burlándose de Jesús, le empujaban y le zarandeaban.

Las multitudes que llenaban las calles, se contagiaron de las burlas, se reían, le insultaban y algunos hasta lo apedreaban.

El tumulto que se acercaba hizo salir a Pilatos, que desde una ventana contempló la escena.

Se preguntaba por otra parte, si el tetrarca, devolviéndole el preso no habría querido afirmar su inocencia. No lo consideraba culpable, después de haberle interrogado. Creyó encontrar otro argumento para oponerse a la pretensión de Caifás y el sanedrín.

Armándose de valor les dijo: «Me habéis traído a este hombre como amotinador del pueblo; yo le he interrogado delante de vosotros y no le he encontrado culpable de las cosas en que lo acusáis. Tampoco Herodes, puesto que nos lo ha devuelto. Nada ha hecho pues, que merezca la muerte. Por tanto, le pondré en libertad después de haberle castigado» (Lc 23, 14-16).

Mientras Jesús estuvo con Herodes; Anás se ocupó de reclutar gente afín y deudos que se unieron a la comitiva que iba contra Jesús.

Miles de ojos miraban al procurador expresando su odio y disconformidad con su resolución.

De pronto de las calles vecinas comenzó a llegar el griterío de una nueva multitud que se aproximaba en manifestación gritando reiteradamente Barrabás, Ba-rra-bah, Ba-rra-bah...

La solicitud de la manifestación, hizo recordar a Pilatos, que a los hebreos se les reconocía el derecho (la abolitio romana) de salvar cada año a un preso por pascua. Era otra posibilidad para salvar al Nazareno, un tubo de escape al que aferrarse. El procurador no quería imponer su criterio en contra de la gente para que no interpretara que era un desafío a Anás, Caifás y miembros del Sanedrín.

Si el juicio popular aceptaba su propuesta los sacerdotes y sanedritas tendrían que acatar la sentencia popular y Jesús quedaría a salvo y en libertad.

Estaba seguro que el pueblo se inclinaría por Jesús, cuyo delito era predicar una doctrina, denunciando los abusos de fariseos y saduceos, pero curaba enfermos, y resucitaba muertos. Por el contrario, Barrabás, que significa hijo del padre, era un homicida, un salteador de caminos, un sedicioso.

*Dice Pilatos que hacemos,
Yo no le encuentro delito.
¿A quién queréis que soltemos?:
A Barrabás el maldito,
o a Jesús el Nazareno*

Escenificado

- **Pregonero:** Estando en el tribunal, su mujer envió a decirle: «No resuelvas nada contra ese justo, porque he sufrido mucho hoy en sueños por causa de El». (Mt. 27, 19).
- **Pilatos:** «¿A quién de los dos queréis que os deje en libertad?».
- **Sanedrín:** «A Barrabás».
- **Pilatos:** ¿Que haré entonces con Jesús, el llamado Cristo?».
- **Sanedrín:** «Sea crucificado».
- **Pilatos:** «¿Pues que mal ha hecho?».
- **Sanedrín:** «Sea crucificado» (Mt. 27,15-23).
- **Pregonero:** «Entonces les soltó a Barrabás» (Mt. 27,26).

Como de costumbre, Pilatos se equivocó en sus apreciaciones y la masa votó, al asesino Barrabás. Realmente éste era un cabecilla zelote, un guerrillero, lo que hoy diríamos un terrorista político. Vivía frecuentemente en las montañas, como los salteadores, participaba en la guerrilla urbana y en todo tipo de motines contra los invasores romanos.

Era por tanto, Barrabás un patriota admirado y querido por el pueblo, mientras Jesucristo era un predicador pacifista que decía dar al Cesar lo que es del Cesar. ¿Cómo podía pensar Pilatos que el pueblo se pusiera a favor de un romano, soltando a Jesús, en contra del sanedrín?

El pueblo, democráticamente decidió, en una especie de referéndum, la muerte de Jesús y la absolución de Barrabás.

Pilatos, no dándose por vencido, estuvo dispuesto a liberar a ambos, Barrabás y Jesús; por ello, después de manifestar el pueblo su preferencia por Barrabás preguntó: ¿Y con Jesús que hacemos?. Contestando la masa manipulada: «Crucificarle».

La flagelación de Jesús.

El procurador, verdaderamente, cada día comprendía menos a los judíos y esperando que al final se apiadasen viéndole sufrir, mandó flagelarlo.

La flagelación la realizaron los líctores en público, en la plaza que existía entre la puerta de la muralla y el pretorio.

Por estudios hechos de la Sábana Santa, parece ser que la flagelación fue realizada con flagrum, un látigo de tres colas, con trozos de plomo o hueso en las puntas, y que el número de golpes fue de 39 según la tradición judía. Con este tipo de látigo las huellas en la piel son más profundas y bajo su impacto, saltaban pedacitos de piel y carne.

*Por cuantos golpes le sufría,
ninguno llorar le ha visto
y aquella columna fría
donde amarraron a Cristo
de pena se estremecía.*

Jesús recibió el suplicio atado a una columna bastante alta, desnudo, con las manos atadas en su parte superior, por tanto, sin encorvar, de cara al poste. También sabemos, que sus verdugos fueron dos líctores, de estatura desigual, uno a cada lado.

Los romanos llamaban a este castigo «la media muerte» y el que lo sobrevivía, quedaba marcado y mutilado para siempre.

Ni un solo quejido salió de Jesús, su espalda quedó como un campo arado, rajado como por cuchillos y su sangre brotaba por los surcos azules y morados, resbalando por su cuerpo y piernas encharcando el suelo. Su mirada se hizo borrosa, sus piernas cedieron doblando las rodillas y quedando colgado exánime.

El tribuno mandó terminar el suplicio, desataron a Jesús y su cuerpo cayó al suelo, como un saco pesado, sin conocimiento, necesitando varios cubos de agua fría para reanimarlo entre las risas y bromas de los espectadores.

Nuestro Padre Jesús Amarrado a la Columna, en Puente Genil, sale de la Ermita de la Veracruz bajo un antiguo templete plateresco de columnas doradas, encontrándose en la puerta con una muchedumbre fervorosa: Con los descendientes de la antigua «Cofradía de la Sangre», o de los «Valientes», llamados así, por las disciplinas con que se azotaban sus hermanos penitentes, rememorando la flagelación. Entre tus cofrades, se observan, tus devotos del «Ancla», «Arca», «Milagros», y «Negaciones». Al lado de la santería, se halla la «Judea» indisciplinada, pero presente, unos vestidos de «mucos», con o sin capiruchos, otros de «pachones», otros de «coraceros», otros con ropas normales y desde este año a los responsables de tu juicio y muerte. Anás, Caifás, Herodes y Pilatos. En lugar discreto y sin protagonismo, se encuentran las piadosas mujeres y familiares de los cofrades, esperando alumbrar a la “Columna”.

Los presentes, notarán la ausencia de algunos hermanos, que tanto hicieron por la Cofradía y que Jesús se los llevó, para aprovechar sus servicios en su reino, velando entre otras cosas por los que aquí quedamos, dispuestos a seguir su ejemplo.

Una vez el «trono», en la calle Aguilar, los coraceros de la Judea escoltan a su patrón, mientras los líctores, «Judíos de Azote» o «Jetones», le siguen, acompañados de cinco romanos de pomposos plumeros, azotando a un descalzo Nazareno viviente, indignando a la chiquillería defensora de Jesús.

Como acompañante de nuestro flagelado Jesús, la cofradía lleva la Virgen de la Veracruz, cuya hermosa imagen, fue rescatada por la «Judea» de un trastero de la Iglesia del Dulce Nombre, donde había sufrido los embates de diversas riadas.

*De hinojos ante la Cruz
llevas tus manos cruzadas
tu pensamiento en Jesús
y tu alma traspasada
Virgen de la Veracruz*

La coronación de espinas.

Cuando Jesús empezó a recuperar su consciencia, su cuerpo se retorció y estremecía por el dolor, sus dientes castañeteaban; le echaron por encima el manto brillante que Herodes le había regalado y el tribuno compadecido del espectáculo ordenó llevarlo al interior de la fortaleza Antonia.

Le ayudaron a levantarse, a ponerle su túnica, que quedó empapada por la sangre de su espalda, y medio arrastrando lo introdujeron en la zona de acuartelamiento.

Los soldados eran orientales de pueblos sometidos a Roma y obligados al servicio militar; sirios, griegos, samaritanos, etc., que sentían un profundo odio hacia los orgullosos judíos.

Cuando el tribuno romano, se retiró, empezaron a llegar toda la cohorte de soldados a contemplar a un odiado hebreo, que había dicho ser «rey de los judíos». Era el mejor momento

para humillar al pueblo judío. A uno de aquellos soldados, se le ocurrió burlarse de aquel reyezuelo, como había ocurrido anteriormente en el patio de Caifás.

En esta ocasión la broma llegó mucho más lejos. Un soldado encontró un haz de juncos espinosos, que tenían para encender la lumbre y trenzando y doblando las varas hizo una corona con objeto de parodiar la coronación, en aquel desgraciado Mesías. Como el blanco manto de Herodes estaba lleno de sangre y barro, dándole un lamentable aspecto, se lo quitaron poniéndole pomposamente en su lugar, una purpúrea clámide. A otro soldado se le ocurrió ponerle como cetro una caña.

Completada así su obra, llegó la hora de las burlas y sarcasmos, desfilaron de uno en uno ante Jesús, al llegar a él, doblaban la rodilla y hacían una reverencia gritando «¡Salve, Rey de los judíos!» y acercándose a Jesús como si fueran a besarle, a menos de un metro, echaban un escupitajo y cogiendo el cetro real golpeaban con él la corona de espinas.

*Como no tenían «na» que hacer
lo escupen y abofetean
y le coronan de espinas
y la sangre le chorrea
sobre su cara divina.*

Todos festejaban el acto con risas, vivas y aplausos, mientras Jesús sufría al clavarse las espinas en su cabeza, cayendo hilillos de sangre por su cara y nuca.

Hay que destacar la resignación de Jesús, soportando, estoicamente en silencio, las torturas. Silencio, que hacía sentirse enfurecida a la soldadesca, excitándolos y encolerizándolos, cada vez mas, provocando un mayor ensañamiento con su víctima.

La Cofradía de Ntro. Padre Jesús de la Humildad y Paciencia, nos saca a Cristo, cansado y agotado por los suplicios tras la flagelación y coronación de espinas, sentado sobre una dura peña, con la cabeza apoyada en su mano derecha.

La imagen del Señor de la Humildad, llevada milagrosamente a nuestro pueblo por la madre carmelita, Gregoria Francisca de Santa Teresa, en 1702, sale de la Iglesia del Hospital a la Plaza del Convento la tarde del Miércoles Santo, encontrándose un espectáculo indescriptible: tras la siesta, bellas mujeres recién acicaladas y con sus pequeños, figuras sin rostrillo, picuruchos por doquier compitiendo en el color y brillo de sus tejidos, «pachones» de la «Amargura» con escapularios, otros del «Humilde» sin él; cabezas y martirios sobre los poyetes de las verjas, ventanas y rincones; montones de personas con túnicas de «rebateo», cascos y lanzas, escudos, solideos, gorritos de nieve, caras sonrientes, aromas de ribera, sudores, abrazos y manifestaciones de cariño, instrumentos musicales, tambores, cornetas, músicos, fotógrafos, etc., etc. Por si fuera poco el popurrí, añádese el continuo intercambio de pipotes, vasos y botas y a la vez dos o tres grupos que compiten cantando saetas.

En medio de este tropel, se encuentran todos los Álvarez de Sotomayor que en Puente Genil están esos días, para escuchar, por enésima vez, el lastimero «grito» que a su abuelo se le escapó al contemplar a su «Humilde» en un momento de éxtasis. Grito que mientras salga el Señor de la Humildad, habrá un Álvarez dispuesto a darlo, desgañitándose, con la carne de gallina y el vello erizado de la emoción.

La Virgen de la Amargura sigue a su Hijo y como no soy poeta, permitidme que por sus bodas de oro, diga unas estrofas de mi primo y presentador, Jesús:

Tras el Hijo, va la madre,
La Virgen de la Amargura
Que al ver las llagas que cubren
desde el cuello a la cintura
la espalda del Redentor
va vertiendo con ternura

amargo llanto de amor

«Ecce Horno»

Regresando Pilatos de juzgar a los ladrones, pidió que le trajeran de nuevo al prisionero.

Viendo Pilatos el aspecto de Jesús, medio moribundo, hecho una piltrafa, coronado de espinas, bañado en sangre, envejecido, las manos atadas, tembloroso y trastabillándose al andar, se compadeció y creyó que los más duros corazones se compadecerían de aquel hombre, decidiéndose a jugar la baza del sentimentalismo.

Llevaron a Jesús a un balcón sobre la explanada donde esperaban los judíos. Y Puente Genil saca a sus calles al Cristo de los Afligidos que dicen que su autor Francisco Berlanga, se sirvió como modelo de la «Sábana Santa de Turín».

*De púrpura lo vistieron
de espinas lo coronaron
lo asoman por un balcón
con una caña en la mano
como si fuera un ladrón*

Allí seguían, los sumos sacerdotes y sus sicarios, como buitres esperando a su presa.

Escenificado

(Llevar a Jesús y a Pilatos ante el Sanedrín) (Jesús con manto rojo).

- **Pregonero:** De nuevo se equivocó Pilatos con los judíos y asomando a Jesús al balcón, les dijo:

- **Pilatos:** «Os lo saco fuera para que sepáis que no encuentro en El culpa alguna».

- **Pregonero:** Jesús, salió entonces llevando la corona de espinas y el manto de púrpura.

- **Pilatos:** «He aquí el hombre».

- **Sanedrín:** «¡Crucificarle, crucificarle!».

- **Pilatos:** «Tomadlo vosotros y crucificarlo, porque yo no encuentro en El delito alguno».

- **Caifás:** «Nosotros tenemos una ley, y según la ley debe morir porque se ha hecho Hijo de Dios.»(Jn. 19,4-7).

Último intento de Pilatos para salvar a Jesús y su condenación.

La idea que puede ser algo sobrenatural, algo misterioso, empieza a rondarle en la cabeza. «Entrando de nuevo en el pretorio, le preguntó a Jesús: «¿De donde vienes tu?»»(Jn. 19,9).

No se atreve a preguntarle si realmente era Dios, porque la idea le resulta absurda. Jesús levantó su cabeza, miró al gobernador, pero no salió de su mutismo.

- Díjole entonces Pilatos: «¿A mi no me respondes? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y poder para crucificarte?» (Jn. 19,10).

Buscaba Pilatos un apoyo en Jesús para oponerse a los Sumos Sacerdotes, una causa que le infundiera valor para no ceder al sanedrín.

Pero Jesús en esta ocasión contestó: «No tendrías ningún poder sobre mí, si no te lo hubieran dado de lo alto. Más el que me entregó a ti tiene mayor culpa». (Jn. 19,11).

Con esta frase el acusado, dice que el hipócrita Caifás le condena pero quiere que el romano se responsabilice y se gane el odio de los seguidores de Jesús.

La reacción de Pilatos fue insospechada y en vez de enfadarse, decide salir a enfrentarse con los sacerdotes de una vez y nos dice Juan «buscaba la forma de soltarlo» (Jn. 19,12).

Caifás y sus secuaces piensan que no ha sido acertada su última acusación a Jesús, de hacerse pasar como Hijo de Dios; pues eso a Pilatos le trae sin cuidado y podría pensar, que era un asunto interno de judíos.

Deciden cambiar de estrategia y en cuanto vieron salir a Jesús, de nuevo al balcón del pretorio, comenzaron a gritar los judíos y dijeron: «Si sueltas a ese, no eres amigo del César. Todo el que se hace a sí mismo rey, se opone al César» (Jn. 19,12).

Con esta acusación-amenaza, tocaron en el punto débil de Pilatos. Sabía que una acusación de alta traición, por no castigar a los que se levantaran contra el César, podía significar el fin de su carrera política, el destierro y quizás la muerte.

Empezó a pensar: ¿Por qué estaba defendiendo a aquel desconocido judío?. ¿Merecía jugarse su carrera por aquel loco Nazareno?. Decididamente, no podía aparecer como un traidor, a los ojos de Tiberio.

Escenificar

- **Pregonero:** “Pilatos, pues, al oír estas palabras, sacó fuera a Jesús... y dice a los judíos”:
- **Pilatos:** «He aquí a vuestro Rey»
- **Sanedrín:** «¡Crucifícalo, Crucifícalo!»
- **Pilatos:** «¿A vuestro Rey voy a crucificar?».
- **Caifás:** «No tenemos más rey que el César» (Jn. 19, 13-15).
trono).

(Sacado a Jesús del escenario, Pilatos vuelve a su trono).

De nuevo la hipocresía judía sale a relucir, haciéndose amigos del César los que le odiaban.

Viendo Pilatos que no adelantaba nada, sino que el tumulto aumentaba, tomo agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo:

«Soy inocente de la sangre de este justo. Vosotros veréis» (Mt. 27,24).

*Pilatos lavó sus manos.
Y la sentencia firmó
por temor a los tiranos
que piden en alta voz
la muerte del soberano*

Todo el pueblo contestó diciendo: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mt. 27,25) y en aquel mismo instante Pilatos dejó a Jesús en manos de sus acusadores. «Entonces se lo entregó para que lo crucificasen» (Jn.19,16).

El camino del Calvario.

Era casi mediodía cuando Pilatos, después de firmar la sentencia de muerte, se dirigió hacia sus tropas dándole la orden que todo se hiciese de la forma habitual y que escribieran una tablilla diciendo «Jesús Nazareno, rey de los judíos»

Las ejecuciones se hacían inmediatamente después de la sentencia, con lo cual en el patio del pretorio comenzaron enseguida los preparatorios para la ejecución.

Dispusieron crucificar aquel mismo día otros dos condenados, que eran, al parecer, ladrones, más o menos vulgares.

Antes de partir el centurión ordenó despojar a Cristo del manto. «Le quitaron el manto de púrpura, le pusieron sus vestidos y lo llevaron a crucificar...» (Mt. 27,31).

Después «tomaron a Jesús, que llevando su cruz, salió al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice Gólgota» (Jn. 19,17).

En Puente Genil, Jesús Nazareno, el patrón de todo el pueblo, el origen y fin de todas nuestras Corporaciones y de nuestra Semana Santa, sale de su ermita cargado con la cruz.

Previamente, la cohorte romana de nuestro pueblo denominada «Imperio Romano» se ha paseado por nuestras calles, para despertar a los dormidos e invitarlos a congregarse en la casa de nuestro Nazareno, a rendirle homenaje de sumisión.

Al amanecer, miles de personas llenan la ermita, atrio y plaza, en su cita anual, para decirle al «Terrible» que ellos lo quieren, lo van a defender de los numerosos ataques que sigue teniendo, que su inmoción tiene sus frutos y que Puente Genil le agradece su redención.

Al escuchar el tumulto, Jesús acompañado de la Virgen de los Dolores, San Juan y Cristo de la Misericordia, salen a recibir al pueblo y se entronizan en el pórtico a escuchar las oraciones de los pontanenses por saetas o por lo «bajini» y que cada uno le cuente sus satisfacciones y problemas, que por algo a nuestro patrón le decimos «el amo de todas las cargas».

Hoy la aurora luce más temprana y de pronto inician sus trinos un gran bando de palomas blancas tocándonos «La Diana» y la fibra sentimental nos hace estallar en sollozos y palmas.

La comitiva entronizada, inicia su andadura por el pueblo, como decía nuestro insigne Miguel Romero:

pero va a nuestras casas
a aliviar nuestros enfermos
y a endulzar nuestras desgracias.
A cuidar que en nuestros hijos,
desde el umbral de la infancia,
broten en sus corazones
flores de virtud cristiana.
A bendecir, Poderoso,
nuestros campos de esmeralda,
para que brote la espiga
y haya pan con abundancia

Durante el camino, Jesús se sintió desfallecer, había perdido abundante sangre en el suplicio y estaba muy débil, la cruz o uno de los travesaños le pesaba enormemente, y el hombro derecho con el roce del madero y heridas de los latigazos era una pura haga.

La tradición cristiana nos cuenta que cayó tres veces durante el camino y el centurión viendo sus ojos perdidos, sus labios temblorosos como a punto de síncope, teme que pueda morir allí mismo, en el camino.

*Tanto te pesa a Ti la cruz
que no puedes caminar
que delito has hecho tú
«pa» que como a un criminal
te trate la multitud.*

El centurión buscaba a alguna persona que pudiera ayudar a Jesús, encontrándose con un campesino. «Le obligaron a llevar la cruz de Jesús, a uno que pasaba por allí, Simón de Cirineo, que venía del campo, el padre de Alejandro y Rufo» (Mc. 15,21).

Cuando Jesús iba con la cruz auestas, camino del Calvario, le salió al encuentro su bendita Madre, en la Vía Dolorosa, acompañada de San Juan. La Virgen de los Dolores hubiera querido besarle, abrazarle quitarle la cruz y defenderle, pero los soldados se lo impidieron mientras entre sollozos gritaba ¡Hijo!, ¡Hijo mío!.

Esta escena plasmada por nuestro poeta Manuel Pérez Carrascosa no debemos perderla.

Otra mujer, un poco más adelante, se apiadaba de Jesús y atravesando el cortejo, se acerca con un lienzo blanco, limpia y enjuga el rostro de Jesús ensangrentado, premiándola Este, con la imprimación de su rostro en el lienzo.

¿Dónde esta Pedro y el resto de los apóstoles?. Según los evangelistas, o tradición, sólo las mujeres salen en defensa de Jesús: Prócula, María su madre, la Verónica, Magdalena y las Piadosas Mujeres.

Los Mitigadores de Jesús desfilan por nuestro pueblo representando al Cirineo, Verónica y María Magdalena.

Lucas nos dice: «Le seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres que se golpeaban el pecho y lo lloraban. Volviéndose hacia ellas Jesús les dijo: «Hijas de Jerusalén: no lloréis por mí. Llorad más bien por vosotros y por vuestros hijos» (Lc. 23, 27-28).

Otra gran multitud, pero esta vez de todas las edades y sexos, acompañan a nuestro «Terrible» en su subida al Calvario, que volviéndose hacia su pueblo, recibe la despedida de todas las figuras que en Puente Genil desfilan y que por la mañana habían ido a saludarle y darle la bienvenida en Santa Catalina.

Todos rezan a Nuestro Patrón con solemnidad, le ofrecen su martirio y se despiden con una reverencia y una petición unánime: Que permita que al año siguiente puedan volver a ofrecerle su reconocimiento y pleitesía.

También los romanos acuden a su despedida y en señal de duelo cambian sus airosos penachos, por otros negros de luto y en homenaje a nuestro Redentor, sus músicos nos deleitan con los sonos de «Gloria al Muerto».

La crucifixión

La comitiva que llevaba a Jesús y a los otros dos malhechores condenados, salió de Jerusalén por la puerta de Gennah, donde se divisaba el Calvario a unos cien metros. Era un pequeño montículo con forma de calavera, que dominaba una amplia extensión y parte de la ciudad. En su cima llamada Gólgota, solían «levantar» a los condenados para que fueran bien visibles y sirvieran de escarmiento a los judíos.

Despojaron a Jesús de sus sandalias y de su túnica pegada a las heridas y tendiéndole sobre el duro lecho de la cruz puesta en el suelo, le cogen un brazo, se lo estiran hacia un lado de la cruz y con un duro clavo, a golpes de martillo, le taladran la muñeca y lo sujetan a la cruz. Luego repiten la misma operación con el otro brazo y por último poniéndole un pie sobre el otro y con un clavo especial atraviesan los dos pies, fijándolos al tramo vertical de la cruz.

*Los clavos que dispusieron
para clavar a Jesús
sin punta los escogieron
como no podían clavar
golpes y más golpes dieron.*

Cuando el condenado estaba sin desgaste, tardaba hasta tres días en morir, teniendo que recurrir a partirle las piernas, para no poder apoyarse y que se ahogara pronto.

«Con él crucificaron a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda» (Mc. 15,27). Llamados Dimas y Gestas, según la tradición cristiana.

«Los soldados, una vez que hubieran crucificado a Jesús tomaron sus vestidos, haciendo cuatro partes, una para cada soldado. Pero la túnica no tenía costura, toda tejida de arriba a abajo.

Dijeron pues unos a otros «No la rompamos, sino echemos suertes sobre ella para ver a quien le toca.

A fin de que se cumpliera la Escritura «Dividieron mis vestidos y sobre mi túnica echaron suertes» (Jn. 19, 23-24).

Desde la cruz Jesús contemplaba la escena: Comenzaba el pillaje con sus cosas aún antes de morir, sintiéndose definitivamente pobre, desnudo y desvalido.

Puente Genil, reproduce la crucifixión, procesionando al Cristo del Calvario, bella imagen del siglo XVI, articulada, que sirvió antiguamente para desfilar yacente, como Cristo del Lecho.

Acompañando a Cristo Crucificado y con el mismo suplicio, tenemos a los ladrones. Permitidme, un recuerdo, para un poeta judeo que contribuyó al esplendor de este paso, restaurando a Dimas y trayéndonos la escultura de Gestas.

Otro gran poeta local, aportó a la Cofradía del Cristo del Calvario, la compañía de su Madre, bajo la advocación de la Virgen del Consuelo, con una bella imagen dolorosa, llorosa y transida de dolor, que en busca de su hijo, va destilando amor.

Los romanos de la corporación de los Ataos, desfilan tras la muerte de Jesús, portando su túnica y con unos dados sobre ella, símbolo del sorteo.

Que crueldad la de aquellos soldados, que en vez de apiadarse y estar conmovidos por la crucifixión, se tomaban la matanza de aquel inocente e indefenso a chufra, jugándose a los dados, la túnica tejida por su Madre.

Insultos a Jesús y entrega de su Madre.

Nuevas burlas tuvo que soportar Jesús estando crucificado, como si no fueran bastantes las sufridas en el patio de Caifás y en el Pretorio. De nuevo, los príncipes de los sacerdotes, los soldados y las personas que pasaban, le hicieron blanco de su escarnio y hasta el mal ladrón le dijo: «¿No eres tú el Cristo? Pues sálvate a ti y a nosotros». (Lc. 23,39). Hasta el otro ladrón se apiadó de Jesús y salió en su defensa, diciéndole Jesús, como premio por su mediación: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc. 23,43).

Jesús oraba y entre el silencio que se hizo tras agotarse las burlas, se oyó su voz, pidiendo por sus enemigos que decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc. 23,34).

Jesús aprovechaba sus últimos minutos de vida para darnos, como ejemplo, su mensaje de amor, que tanto había predicado. Rezaba por los responsables de su ejecución, por las autoridades que habían contribuido a su crucifixión Anás, Caifás, Herodes, Pilatos; por aquellas turbas insultantes y también por nosotros que le abandonamos frecuentemente.

Cuando se acercaron a la cruz sus amigos, «viendo Jesús a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la Madre: «Mujer he ahí a tu hijo».

Después dice al discípulo: «He ahí a tu Madre». Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa» (Jn. 19,26-27).

Literalmente, Cristo que tenía a la Virgen a su cargo, desde la muerte de San José, para no dejarla desvalida, se la recomienda a su apóstol más joven.

Esta escena, en Puente Genil, la representamos por medio de las Cofradías de Nuestra Sra. de la Cruz y San Juan Evangelista y la del Cristo de la Misericordia y María Santísima del Mayor Dolor, que desfilan por nuestras calles la mañana y tarde del Viernes Santo, tras Jesús Nazareno. La primera Cofradía, porta un trono con las imágenes de la Virgen y San Juan Evangelista, ambos símbolos del amor de Jesús y la segunda, añade a estas imágenes un magnífico Cristo, María Magdalena y un Centurión, obras de nuestro paisano Francisco José Palos, componiendo un paso esplendoroso con cinco imágenes.

La muerte de Jesús

Sabemos por Lucas y Marcos, que Jesús fue crucificado antes de la hora sexta o sea antes del mediodía. Desde la hora sexta se oscureció toda la tierra hasta la hora nona. A la hora nona gritó Jesús con voz fuerte «Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?» (Mt. 27,45-46); (Mc. 15, 33-34).

Con tanta sangre perdida, Jesús sufría de sed, como todo crucificado, mostrándonos su sufrimiento como humano dijo: «Tengo sed». Había allí un botijo lleno de vinagre. Fijaron en una rama una esponja empapada en vinagre y se la llevaron a la boca.

Cuando hubo gustado el vinagre, dijo Jesús: «Todo está consumado» (Jn. 19,28-30).

Y Jesús, dando una gran voz, dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y dicho esto expiró» (Lc. 23,46).

«La cortina del Templo se rasgó de arriba a abajo en dos partes, la tierra tembló y se hendieron las rocas; se abrieron los monumentos y muchos cuerpos de santos que dormían resucitaron». (Mt. 27, 51-52). «El centurión y los que con él guardaban a Jesús, viendo el terremoto y cuanto había sucedido, temieron sobremanera y decían: «Verdaderamente éste era el Hijo de Dios» (Mt. 27,54).

*Al eco del ronco trueno
que en los ámbitos retumba
murió Dios que hizo su tumba
con polvo de los imperios.*

La mano de Juan apretó el hombro de María sintiendo como temblaba. María Magdalena lloraba amargamente y las otras mujeres piadosas: María Cleofás y María Salomé intentaban consolarlas.

Los sacerdotes, viendo que la tarde se ponía y los ladrones no parecían morir pronto, empezaron a preocuparse, pues faltaban menos de dos horas para la puesta del sol y durante la noche no podían desclavarlos. Aquella noche, era la «cena pascual» y al día siguiente, «El sabat de Pascua», con lo cual, no podrían enterrarse hasta el domingo.

Decidieron pedir a Pilatos que les quebrasen las piernas a los crucificados, para acelerar la muerte y que los enterrasen. Como los encargados de la crucifixión eran experimentados, en esta práctica, bastaron dos golpes para quebrar las dos piernas del primer crucificado. Todos los presentes vieron como su cuerpo se desplomaba, todo el peso de la víctima cargaba sobre sus brazos y constreñía los músculos del pecho, ocurriendo en pocos minutos la muerte por asfixia.

Tocaba el turno a Jesús y alguien dijo piadosamente que ya estaba muerto. Quizás, por desconfianza, «uno de los soldados atravesó su costado con una lanza y enseguida salió sangre y agua» (Jn. 19,34).

*Tiró una lanza un soldado
sobre el Cordero inocente
y se clavó en su costado
allí se formó la fuente
donde se lavó el pecado*

Este Cristo muerto en la Cruz, con la lanzada en su costado, desfila por nuestro pueblo la noche del Martes Santo de manos de la Cofradía del Cristo del Silencio y la corporación de «La Bendición de Jacob», llamándonos a la meditación, en un Vía Crucis espectacular, con las luces de las calles apagadas y en silencio sepulcral, para poder escuchar al orador sagrado, en las diversas estaciones.

El Cristo de la Buena Muerte, sale del «Dulce Nombre» desfilando por las calles del Barrio de la Isla. La Virgen en su Soledad y también el Evangelista Juan buscan a los discípulos de Jesús para poder hacerse cargo del cadáver del Nazareno y darle sepultura.

En su deambular encuentran a dos discípulos saedritas importantes, uno saduceo José de Arimatea y otro fariseo Nicodemus, que consiguen los permisos de Pilatos para hacerse cargo del cadáver y poderle dar sepultura.

También encuentran en su periplo a «Los Apóstoles», enlutados que rezan preciosas saetas, al ronco compás de sus tambores; a las «Tres Marías»: la Magdalena, Cleofás y Salomé portando perfumes y bálsamos para amortajar al cadáver; al Demonio, la Muerte y las «Postrimerías» que están revolucionadas con la muerte de Cristo, la resurrección de los santos y los prodigios que al expirar Jesús se produjeron. Encuentran a Lázaro, algunos agraciados por «Los Milagros de Jesús», a Judas ahorcándose, Pedro y Pablo, «Los Evangelistas» e incluso al Imperio Romano, que en marcha lenta, los acompaña un rato, dejando después solos a los cuatro romanos que se rifaron las pertenencias de Jesús.

También encuentran miles de discípulos «mananteros» que a su Soledad no la dejan sola, sino que se apiñan bajo sus divinas «andas», llevándola por su barrio, rezando con devoción, un rosario de la aurora.

Enseguida, José de Arimatea y Nicodemus se ponen manos a la obra para desclavar a Jesús.

Su Angustiada Madre, lo recibe en sus brazos y sentándose en la rajada Peña del Calvario, se pone a besarle, a bañarle con sus lágrimas y a limpiarle la abundante sangre reseca sobre su cuerpo.

*Con que Angustia sientes yerto
a esa Imagen tan divina.
lo lleva en sus brazos muerto
quisiera darle la vida
con el calor de su aliento*

La Magdalena y Juan contemplan la tierna imagen, como la contemplan todos los «mananteros» de Puente Genil, que a pesar de su agotamiento, sacan fuerzas de flaqueza para acompañar a la Virgen de las Angustias, transportada a hombros por hombres de su Hermandad y escoltada por los convertidos coraceros de «La Judea».

Pasado el recorrido oficial y el Casino Liceo Mercantil, va acercándose una riada humana por las calles Lemoniez, Arcos, Alcaide, Jesús y Postigos en busca de la Plaza Emilio Reina para encontrar el «paso» y escuchar a los pontanenses que residen fuera del pueblo, su nostálgico Himno de los Ausentes, en honor de la Angustiada Virgen. Después, toda esa ingente masa humana, con su Virgen en volandas, recorre las calles Lemoniez y Delgado en continua ejecución de plegarias coreadas y saetas cuarteras, iniciadas por un «angustioso» y contestada por otro situado a cien metros, haciendo sentirse en éxtasis a los presentes. Al llegar al Dulce Nombre sentimos nostalgia por los que tanto lucharon por nuestra Hermandad, pero que estarán viendo el encierro desde su privilegiado balcón.

De nuevo, resuenan artísticas saetas, hasta que el recién estrenado Hermano Mayor, mira a los del balcón y les implora ayuda. Estos no se hacen rogar y transmiten a los de su «sangre», las energías suficientes para introducir en su ermita, a pulso y mirando al público, el admirado trono, ante el clamor popular.

A cuarenta metros del Calvario, José de Arimatea tiene una huerta, donde en una gruta, ha preparado su panteón familiar, poniéndolo a disposición de María, para sepultura de Jesús. Han de darse premura para poder realizar el entierro con luz del día. Las Santas Mujeres, están dando los últimos bálsamos sagrados al Señor y al Calvario van llegando, los discípulos de Cristo, al enterarse del desenlace.

*Venid varones piadosos,
les dijo la Virgen pura,
vamos a dar sepultura
a este cadáver glorioso*

Todo Puente Genil se apresta al nuevo cometido y en la Iglesia de San José se inicia la comitiva.

Pilatos, para evitar que ocurran incidencias, con las turbas manipuladas por el Sumo Sacerdote, manda a sus coraceros escoltar al Santo Entierro tras numerosos discípulos que con túnicas enlutadas y cinturones de esparto, llevan por insignia la Cruz de Jerusalén.

La Madre, La Virgen de las Lágrimas, con un pañuelo, intenta enjugar sus fuentes lacrimosas, llegando a la Iglesia del Dulce Nombre, sin poderlo conseguir.

El Domingo de Resurrección, todo Puente Genil, con sus hermandades, cofradías, picuruchos, y los cientos de figuras y romanos, van a ver con sus ojos a Cristo Resucitado, desfilando en su compañía desde la Ermita de la Veracruz a la Iglesia de San José.

Después todos vuelven a sus cuarteles y a sus casas a celebrar la redención.

*Ya está el infierno cerrado,
abierta la inmensa gloria,*

*el pecado perdonado,
consumada la victoria,
que el Padre Eterno ha “mandao”*

Permitidme que os relate, como colofón, una visión poética, fruto de la sensibilidad de un judeo de corazón, mi cuñado Enrique Reina., denominada:

LA PASIÓN DE LOS CORACEROS

Entre cinco coraceros
que portan cinco alabardas,
traen de Getsemaní
hasta la calle Campanas,

a un Cristo recién cogido
como presa en una trampa.
Nadie conoce su culpa.
Nadie le acusa de nada.

Hasta el palacio de Anás
va abriendo paso la guardia,
a través de muchedumbres
sordas de ira y de rabia.

Quieren condenar a muerte,
lapidado en la calzada,
a este hombre de voz dura
pero de humildes sandalias,

que pasó la noche orando
rodeado por sus lágrimas,
mientras la luna redonda
lo protegía del alba.

Chiquillos desde la calle,
mujeres tras las ventanas,
todos increpan al Cristo
como a una mala alimaña.

Y entre el clamor del insulto,
por encima de las gargantas,
rompen de pronto los aires
claros sonidos de plata.

¡Con que son repiquetean
las conteras de las lanzas
de la arrogante Judea!

Repiques de muerte son,

pero de muerte anunciada,
que no ha de morir el Cristo
lapidado en una plaza.

Anás no dicta sentencia;
tampoco lo hará Caifás,
que es el Sumo Sacerdote,
y no tiene autoridad

para dar muerte de cruz
al hombre que está en su casa,
que en la cruz debe morir
desnudo de manto y saya.

Gritando sigue la gente
por la calle de Aguilar
en busca del rey Herodes,
que ahora tiene su morada

aquí en Jerusalén,
hasta que pase la Pascua.
A golpes llevan al Cristo
escupiéndole a la cara,

escoltado como un reo
por cinco recias corazas
que son como cinco soles
al avanzar la mañana.

Tan grandes son las blasfemias
y gritos de la algarada
que lloran los adoquines
cuando pasa la canalla;

y en el palacio de Herodes,
cerca de la Matallana,
tiemblan hasta los verdugos
que trabajan en la fragua.

¡Con que son repiquetean
las conteras de las lanzas
de la arrogante Judea!

Repiques de muerte son,
pero no de muerte a espada,
que es como ejecuta Herodes
sus sentencias despiadadas.

Por eso tampoco ahora
no hay sentencia ni venganza

ni separarán al Cristo
la cabeza de su espalda.

Ciegos de furia y de odio,
con sed de sangre y con saña
van en busca de Pilatos
a la calle de La Plaza.

Bajan la calle David,
cruzan la Plazuela Lara,
Piscina de Siloé, Jericó y calle Ancha.

Ya en la casa de Pilatos,
nada detiene a las masas
para matar a aquel hombre,
acusado de la infamia

de ser el Hijo de Dios.
Y en la autoridad romana
encuentran al vil deicida,
que para salvar su fama

y para lavar su culpa,
tomando una palangana
ahoga su cobardía
en cinco dedos de agua.

¡Con que son repiquetean
las conteras de las lanzas d
e la arrogante Judea!

Repiques de muerte son,
y de muerte consumada
que en la Cruz ha muerto Cristo,
clavado por la soldada,

con la barbilla en el pecho
y al hígado una lanzada
como pregonan los Salmos
de la Sagrada Alianza.

En sus palacios se esconden
las Autoridades Judáicas
y el pueblo duerme su miedo
en mugrientas almohadas.

Solos van los cinco hombres
por las calles solitarias
arrastrando su conciencia
en la fría madrugada.

Al llegar al Dulce Nombre,
levantadas las celadas,
con polvo en las zapatillas
y caídas las adargas,

se cruzan con tres mujeres
con una sábana blanca.
Los cinco hombres se miran.
Han perdido su arrogancia.

La visión de las mujeres
les ha devuelto la calma
que en Getsemaní perdieron,
al encontrar la mirada

del hombre que está en la Cruz.
Y sin que medie palabra
se aprestan a dar escolta
a aquella Sábana Santa.

¡ De nuevo repiquetean
las conteras de las lanzas
de la valiente Judea!

Repiques de muerte son,
pero no muerte del alma,
que es sólo muerte del cuerpo
y muerte resucitada.

¡ A Gloria repiquetean,
por un milagro de Cristo,
Los Coraceros de la Judea!.